

## VOCERRANTE (5)

### Apertura(Sobre “White ManSleeps II”, por KronosQuartet):

(Andante tranquilo)

“Las palabras vagan, yerran, buscan. Van y vienen por ahí hasta que encuentran un refugio. En las manos, en los ojos, en cualquier cosa que las rescate del olvido.”

1

(Raúl)

Este es el quinto programa de

VOCERRANTE.

Bienoídos sean todos.

Esta noche es el misterio. Es decir, lo que de acuerdo con la tradición, no puede decirse.

La tradición, o el modo de hacerte pensar hacia atrás.

¿Lo que no puede decirse o no puede nombrarse?

Sin embargo, el misterio puede vivirse. Es de aquellas cosas cuya realidad no se aprecia en las medidas ni en los laboratorios, sino que sólo pueden vivirse.

Y si puede vivirse, puede narrarse.

Si puede ser atravesado por la experiencia, puede ser narrado.

Pero hubo un tiempo en que narrar pasó a ser disciplina de la mentira, y decir, disciplina de la verdad, por una curiosa usurpación de la experiencia vital por la de los modelos de laboratorio, y por una consecuente reducción del tiempo de las personas a la crónica diaria, de la crónica diaria a los datos objetivos y de los datos objetivos al más penoso y deficiente hecho del lenguaje: La noticia.

Así que empezamos a apartarnos de la posibilidad de decir. Y nos quedamos con la de clasificar, ordenar, indicar, medir y designar. Una palabra para cada cosa y una cosa para cada palabra.

De modo tal que el misterio también desapareció de nuestro pensamiento. El misterio como tal, no ya como mera ocupación o pasatiempo.

Lo que no pueda decirse es el misterio, en el sentido de aquello que no puede designarse.

Como es un misterio el próximo segundo que suceda, al cual aún no podemos atribuir ningún significado.

De forma tal que la pérdida del misterio se acompaña de una despedida del futuro. Ya que el futuro no, no está ahí, para designarlo. El futuro es un misterio, mas, en su afán de control, también intentamos demorarlo en dos o tres variables. Y lo obligamos a seguir nuestras afanosas estadísticas.

Hemos patrimonializado el futuro. Aparece ahora también él en la cuenta de nuestras pertenencias. Calculamos las ganancias que reporte o las pérdidas que irroque.

Hemos naturalizado la noción de religión, y separado la vida de la muerte, en distintos nichos de mercado.

Y hemos sustituido el silencio místico de los templos, por el silencio abastecido de las bóvedas bancarias.

Y a través de todos estos procederes creemos haber detenido el misterio.

Un día, sin embargo, descubrimos una desconocida y olvidada habitación del palacio. Ingresando por ella, se accede a toda otra ciudad dentro del palacio. Con otro poder, otros sentidos, otra historia.

¿Podrán coexistir ambos reinos en el mismo palacio?

Sólo si se vuelve a cerrar la puerta de la habitación.

Con candados de nueve miedos, con cerrojos de siete conmociones, con tumbas abiertas y cuerpos vacíos, y sombras enclavadas.

Y sin embargo...

Y sin embargo...

Y sin embargo hay un reino del deseo, de la voluntad, del sueño colectivo, que no es pulsión adolescente, ni vana pretensión ni fantasía.

Y que una vez que tocamos con los ojos, los oídos o la lengua, ya nunca más desaparece. Pero en cuyo derredor, se han colocado nubes y temores, terrores y miserias, para que nadie se acerque.

4

Dedicamos este programa a todos los tenaces “sin embargo”, que meten el pie adentro para que la puerta no cierre.

### **Primer tema. “Cloudy Evening”, de y por Aziza Mustafa Zadeh (2:20)**

#### **Sobre las campanas del final del tema:**

Escuchamos “Cloudy Evening”, de y por Aziza Mustafa Zadeh.

#### **Los límites.**

**Raúl**

Los presagios, un pequeño pueblo de la península de Enjundia, en el norte de Cachir, no protegían sus ciudades con murallas, ejércitos ni fronteras naturales. Les bastaba con sólo hacer circular historias terribles sobre lo que ocurría en ellas.

Estas historias daban cuenta de terribles suplicios padecidos por sus pobladores y amenazaban con desesperados arrepentimientos a todo aquel que se atreviera a cruzar sus demarcaciones.

Por esta razón, se conoce muy poco, o casi nada de los presagios, ya que son escasos los pueblos o los héroes que se atrevieron a ingresar en su poblado.

Una estela de basalto, del imperio de Sargón II, reza todavía: “No atravesarás el reino de los presagios. No hay pueblo más triste, ni corazones más agobiados. No hay cantos más penosos que los que allí se entonan, ni caminos más tortuosos u oprimentes.”

Entre las pocas señas de los presagios, se tiene, por ejemplo, la brevísima incursión de Marmedón, caballero ginés, en oportunidad en que tuvo que llegar a ellos con el único e inevitable objeto de pedir su auxilio.

**Daniel**

Marmedón, el gentil caballero ginés, había llegado a la puerta de la última posada abierta, y mostró su herida, y la de su caballo. Allí le ofrecieron alcohol, emplastos y unas vendas, pero le aconsejaron que se fuera de inmediato.

Marmedón juró retirarse en cuanto pudiera hacerlo. Pero la herida y los aceites aplicados sobre ella le infirieron tanto dolor que cayó desmayado en el suelo.

Al otro día se encontró en una cama mohína, y lo despertó una muchacha, que delicada y suavemente le dioa beber una reconfortante infusión.

“Ha estado mucho tiempo inconsciente” – le dijo ella. “Ya lleva tres días con nosotros. Antes que se cumpla el séptimo, tendrá que irse.”

Marmedón, admirado de la belleza de la joven, multiplicada para él seguramente, por su estado de salud, le contestó:

“Una vez que se ha visto vuestro rostro, no habrá fuerza, para al hombre que se precie de tal, que pueda apartarlo de él.”

La muchacha calló durante un buen rato, bajando dulcemente su mirada, y luego insistió, nerviosa:

“Debe irse. Al séptimo día ya no debe estar aquí. Es el límite.”

Marmedón le respondió con una sonrisa incrédula, casi burlona e inconscientemente seductora, que la incomodó, obligándola a retirarse, sin apenas saludarlo o dirigirle ningún otro gesto o palabra.

Él se incorporó en la cama y miró a su alrededor. Estaba en una suerte de hospital cerrado. Otras tantas personas estaban acostadas allí. Algunas dormían, otras temblaban con los ojos desbordados hacia fuera, y otras se abrazaban a sí mismas, ateridas de frío.

Marmedón preguntó al que tenía más cerca, un hombre enjuto, seco y de huesos prominentes, con la mirada vacía enfrentada a la pared:

“¿Cuánto hace que está usted aquí?”

“Ya van con este siete días. No me he podido levantar en todo este tiempo. Una gangrena espantosa y aguda me está pudriendo las piernas” – le contestó, sin mirarlo, ni mirarse.

“¿Le han dicho a usted también lo de los siete días? ¿qué debía irse?”

“Ah... Sí, sí... - le respondió el hombre, tranquilamente. – “Yo soy de aquí. No es posible quedarse más de siete días.”

“Pero... ¿Qué pasa luego? - quiso saber Marmedón –“¿Los incineran? ¿Los desaparecen? ¿Qué pasa con los enfermos de más tiempo?”

“Siete días es el límite de la piedad. – Explicó con la misma resignada tranquilidad con la que aguantaba sus dolores, dando cuenta de que se trataba de una norma intransigible – “Transcurridos esos siete días, nos abandonan a nuestra suerte. A pesar de eso, algunos sobreviven y... hasta ha habido quienes se curaron y pudieron regresar a su anterior vida.”

Marmedón subió su tono indagatorio: - “Pero ¿cómo sobreviven si no reciben ayuda?”

El hombre entonces respiró un buen rato, miró hacia un lado, y señaló unas camas vacías con el dedo: “Mientras usted dormía, hubo aquí un feroz enfrentamiento. Un leproso, en su décimo día quiso robarle las ropas a una mujer que ya había dejado de moverse. Alguien cercano a ella, en su noveno día, lo impidió, alegando motivos de pudor. Luego se supo que noche a noche le quitaba parte de su anatomía para comerla, y no quería que nadie le disputara su cena. Fue espantoso. Otro hombre, herido por una bala de cañón, quiso robarse el cuerpo de la muerta. Forcejearon. Entre los tres se llevó a cabo una golpiza, en la que no hubo quien pudiera considerarse victorioso. Si alguien lo hubiera sido, sería el sobreviviente. A partir de mañana, luego de que haya transcurrido este séptimo y último día de piedad, estaré en la misma condición que la de ellos, la desólo velar por mí mismo.”

Acabando de decir esto, el hombre calló y volvió a su postura rígida e inmutable.

Al cuarto día, Marmedón ya se sentía mejor. Esperaba levantarse a la mañana siguiente. Durante toda la tarde había oído historias terribles de quienes habían superado triste y resignadamente la barrera de los siete días.

En la noche del cuarto al quinto día en ese hospital, Marmedón vio ingresar, empapada en sudores, víctima de una altísima fiebre, a la mujer que lo hubiera despertado. En homenaje a su belleza, se prometió aguardar los tres días que le restaban, junto a ella. Para ver si acaso mejoraba.

Pero no había mejora.

La noche del sexto al séptimo día la pasó Marmedón en vela, imaginando ya el rescate de la muchacha. Evidentemente, ella padecía una dolencia que no iba a curarse en una semana, así que decidió llevársela, antes que la librasen a su suerte, transcurrido el plazo inexorable de piedad.

Marmedón cumplía su séptimo día, pero la muchacha se agravaba. A la fiebre se le habían agregado unas manchas en el rostro y unos temblores espantosos que le recorrían todo el cuerpo.

Marmedón estaba decidido a irse con ella. Así que preparó su caballo para dos personas. Apenas disminuidas las luces del atardecer, se acercó a su cama y levantó a la muchacha cuidadosamente, colocándola como pudo en el lomo de su montura.

Antes de trasponer la frontera, se les apareció el hombre enjuto, seco y de huesos prominentes, repuesto ya de su gangrena y bien afirmado sobre sus pies, que el que con la misma mirada vacía que fijaba en la pared de su camastro, le señaló la muchacha a Marmedón.

“Esa mujer nos pertenece. Todavía puede curarse.” – le dijo.



“Ustedes la dejarán morir” – respondió Marmedón, desafiante, espoleando a su caballo.

“Usted no entiende nada” – alzó ese hombre enjuto, seco y de huesos prominentes su largo brazo y unos cinco jinetes se dispararon detrás de los fugitivos.

Había comenzado a llover y la muchacha empeoraba notablemente.

Marmedón consiguió refugiarse en una gruta. Ella, desde el interior de unos ojos hundidos y oscuros, parecía querer hablarle, advertirle de algo que él desconocía. Como no podía emitir palabras, se limitaba a mover su cabeza en signo negativo en forma resignadamente desesperada.

Marmedón le dio de comer y beber. Ella comenzó a sentir el frío de la noche y la distancia. Él cubrió con todo lo que pudo, viendo la necesidad de ir en búsqueda de medicinas, por lo que la cubrió con todo lo que pudo, en el lugar más resguardado, y asegurando un rescoldo tibio que la mantuviera caliente sin quitarle el aire, y le aseguró que volvería a la mañana siguiente.

“Buscan a una pareja a caballo. Echaré un bulto en las ancas y mañana mismo estaré aquí con ungüentos y medicinas para curarte. Aquí estarás segura y en paz. No vendrán por tí, te lo aseguro” – le dijo

Ella respondió con una sonrisa apagada. Ese escape frenético y los golpes que había sufrido sobre los huesos del caballo la habían desmejorado visiblemente, por lo que ni siquiera pudo alzar su mano en señal de despedida.

A la mañana siguiente, Marmedón regresó a la gruta, con ungüentos, medicinas y otra montura para llevarse a la muchacha. Pero ella ya no estaba donde la había dejado. En su lugar, sólo halló un rastro de sangre.

Marmedón nunca supo si ella había muerto por culpa de su maniobra desesperada para sacarla de allí, si tuvo que sufrir de regreso a su espantosa ciudad la agonía de los días que hubieran seguido al séptimo, que él había querido evitarle... O si, como tratara de explicarle vanamente la muchacha, y el hombre enjuto, seco y de huesos prominentes, aquellas cosas que él había oído decir a todos en su pueblo, como ese asunto de los límites de la piedad, no eran más que historias, sólo historias para amedrentar a los extraños y seguir viviendo solitaria y apartadamente, felices, y ajenos, durante todos los días de sus vidas.

### **Raúl**

El terror, el verdadero terror, no consiste en el miedo al mal que pueda sucedernos.

El terror, el verdadero terror, es el de provocar un daño habiendo hecho lo correcto.

El terror, el verdadero terror, es el de poder dañar a otro simplemente por haber querido ayudarlo.

El pavor, el verdadero pavor, no es que las cosas no continúen como hasta ahora, sino que nunca puedan cambiarse.

Y el mal, el verdadero mal, es la naturalización de la impotencia.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

